



Martí en el Modernismo

Por JUAN LOVELUCK



A reciente *Antología crítica del modernismo*, publicada por don Raúl Silva Castro en Nueva York, es una buena muestra de cómo se puede postergar, olvidar o desconocer la significación de Martí en el modernismo hispanoamericano. De las páginas prologales de Silva Castro desprendese que la renovación modernista tuvo sólo un sumo artífice e iniciador cabal —Dario—, cuyo *Arzú...* comienza la conocida revolución literaria, y que en ésta lo que debemos al escritor de Cuba es un exiguo, si no infimo aporte. En el prólogo de Silva Castro, se confiere a Martí el papel de un secundón del modernismo y se le encasilla —o, mejor, se le empareja— donde no puede ni debe estar: entre esos tan mal llamados precursores, lugar común que sin revisión se viene repitiendo desde hace decenios y, últimamente, sin tomar en cuenta aclaraciones decisivas de Anderson Imbert —a propósito de *Amistad futura*—, de Iván Schulman y de Manuel Pedro González. Silva Castro peca por partida doble, puesto que al reconocimiento del error agrega la insistencia en él: “El nombre *Precursores del Modernismo* mismo emplease aquí para evitar explicaciones más detenidas, a sabiendas de que es en ciertos puntos equívocos”, escribe en la página 29 de su introducción.

No es nuestro ánimo extender esta nota —en otro lugar lo haremos— en torno a puntos discutibles del criterio que muestra la *Antología* de Silva Castro, pues sólo nos interesa delinear el tamaño de la injusticia crítica que se comete desde hace años con la contribución de Martí, cuya obra —prosa y verso— antecede en mucho al *Arzú...*



dariano, con muy decididos rasgos de modernismo, sobre todo en la expresión prosística. Cuando el libro de Dario aparece en Valparaíso, no sólo su autor admiraba y conocía a Martí, sino que éste había publicado (1882) su pequeño volumen de versos —*Imaculado*, poemas al hijo, que no se vendieron por mandato filial— y desde un momento era tenido por el adalid indiscutible de “los nuevos”, de los maestros de la *écriture artiste*, en el henchido de savias hondas, líricas o más periódicas de América hispánica reproducían las admirables prosas martianas, que era posible leer en La Habana como en Santiago de Chile, así en Caracas como en México, y en Lima del mismo modo que en Bogotá. Si el *Arzú...* es un libro-manifiesto (qué duda cabe), y un manifiesto práctico que no circula mucho en su primera edición, los artículos de Martí —esos sorprendentes poemas-artículos— fueron hundiendo un surco y creando una conciencia de la prosa nueva durante años, con una geografía de influencia que nunca logró *Arzú...*, a pesar de los elogios justísimos de quienes lo tuvieron por guía y devocionario de arte.

Pero Martí desaparece tempranamente de la escena literaria hispanoamericana. Primero, a partir de 1892, por su dedicación honrosa a los derechos de la isla; después, por su muerte heroica en Dos Rios, en 1895. Queda Dario solitario en la gran escena y ninguno de los que le rodean llega a vencerlo en logros y alcances. Así puede afirmar el gran nicaragüense, sin contradictor conocido —salvo Dario Herrera, en 1895—, que a él le correspondió iniciar el movimiento de renovación en el mundo hispánico. Pero antes que Dario, entre los primeros en crear una dirección nueva y desbrozar el camino, está, nombre que no ha de moverse de su sitio verdadero, el del patriota-poeta. Su tarea, en el orden de la creación, fue titánica: nada menor que la de “redimir la poesía castellana de la amplexidad trivial y del estilo rutinario y anquilosado que tanto en España como en América se estilaba”, ha escrito en obra reciente Manuel Pedro González.

Con *Imaculado*, con *Amistad futura* y con sus innumerables prosas repartidas en la prensa de Hispanoamérica, y de cuya penetración no puede admitirse duda, Martí no ha de ser relegado a simple precursor o anunciador del modernismo. Iniciador indiscutible, sí, y padre mayor del movimiento. Cuando Dario cuenta que en su encuentro con el autor de “*Nuestra América*”, éste le llamó “¡Hijo!”, está firmando y afirmando la aceptación del legado perdurable, de la paternidad artística ejercida por Martí sobre su creación entera. Ni precursor ni secundón, pues. Por su obra en prosa y por su obra en verso, por la huella amplexada que dejó —decir de Dario a Gabriela Mistral— y porque supo mostrar a los escritores de América hispánica una credibilidad nueva maridada con su agónica búsqueda de originalidad, Martí ha de figurar con honra en el primer haz del modernismo, que él inicia indiscutiblemente, como indiscutiblemente le precederá un sergo meditativo y profundo que se cerrará en la prosa de Rodó. Decir otra cosa es alterar en muchos años la cronología. Cuando *Arzú...* comienza a correr mundos, en 1888, la obra casi entera de José Martí estaba hecha. Valería cronológica es, pues, pensar que el modernismo se inicia con *Arzú...* Obras de Martí que llevan fecha indiscutible pueden corroborarlo fácilmente. Sin embargo, como sostiene el ya citado Manuel Pedro González, “La desidia de los críticos, por una parte, y el desconocimiento de la obra de José Martí, por la otra, han hecho prevalecer este embuste histórico por más de cinco décadas”.

Columbus, Ohio, 1963.

Martí en el modernismo [artículo] Juan Loveluck.

Libros y documentos

AUTORÍA

Loveluck, Juan, 1929-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1963

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Martí en el modernismo [artículo] Juan Loveluck.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile